

50 volúmenes de *Estudios de Cultura Náhuatl*

Miguel León-Portilla

Poco más de medio siglo de existencia tiene *Estudios de Cultura Náhuatl*. Al aparecer ahora el volumen 50, recordaremos los orígenes de esta revista y la significación que ha tenido en el ámbito cultural de México y de otros países.

LA PARTICULAR PRESENCIA DE LA CULTURA NÁHUATL

Es cierto que en tierras mexicanas han florecido y perduran otras importantes culturas originarias. Bastará mencionar algunas: la maya, la zapoteca, la mixteca, la purépecha y la otomí. Sin embargo, entre ellas los pueblos de lengua y cultura náhuatl han tenido un papel muy particular. A ello ha contribuido la hegemonía que alcanzaron en Mesoamérica, probablemente desde la época clásica con el esplendor teotihuacano y, luego, a partir de las etapas tolteca y mexicana.

En vísperas de la conquista española eran los mexicas quienes ejercían la hegemonía en el centro y otras regiones del país, algunas tan apartadas como los límites de la actual Guatemala.

Hernán Cortés, percatándose de aquella hegemonía, mantuvo como centro de poder político a la antigua Tenochtitlan y conservó buena parte del sistema administrativo prehispánico. Todo esto influyó tan profundamente que, hasta el presente, una parte de la toponimia de México se conserva en lengua náhuatl. Nada tiene por ello de extraño que, al consumarse la Independencia, el país asumiera el nombre de México e hiciera propios varios de los antiguos símbolos de la nación mexicana, por ejemplo, el del águila erguida sobre un nopal devorando una serpiente.

En pocas palabras puede afirmarse que en el México contemporáneo el legado de los pueblos nahuas ocupa un lugar principal. Esto ayudará a comprender por qué a lo largo de la historia de México los pueblos nahuas han recibido atención preferente. Las principales crónicas escritas por indígenas y por frailes, y luego obras tan importantes como la *Historia antigua de México* de Francisco Xavier Clavijero o la *Historia antigua* de Manuel Orozco y Berra, y los trabajos posteriores de buen número de historiadores y antropólogos se han centrado en la historia de estos pueblos.

Es verdad, y algunos lo han notado, que la expansión a partir de los toltecas, y luego de los mexicas, nahuatlizó, por así decirlo, a otros muchos grupos que conservaron elementos que les eran propios. Ello ha llevado a algunos a sostener que la cultura náhuatl no significó un proceso unificado, sino que asumió variantes en distintas regiones. Aunque esto es verdad, no implica negar que la cultura indígena preponderante en los tiempos anteriores y en los que siguieron a la Conquista fue y sigue siendo la de los pueblos nahuas.

EL ORIGEN DE *ESTUDIOS DE CULTURA NÁHUATL*

Valdría la pena intentar una visión de conjunto acerca del interés por todo lo que al mundo náhuatl se refiere en los años ya cercanos al nacimiento de estos *Estudios*. En México, aunque la lengua náhuatl había dejado de hablarse en muchos lugares como la región de Xochimilco o el Valle de Teotihuacan, perduraba con altibajos el interés por el estudio de dicha lengua y el conocimiento de la antigua cultura. Se continuaron elaborando gramáticas del náhuatl, no sólo en México sino también fuera de él. Así, existieron gramáticas con referencia al inglés, al francés, al alemán y a otras lenguas.

En el caso de México, en la década de los cincuenta del siglo pasado se mantenía ese interés en espacios como el del Instituto Nacional de Antropología e Historia, donde laboraban, entre otros, Wigberto Jiménez Moreno, Alfonso Caso e Ignacio Bernal. También, de manera más bien esporádica, en la Universidad Nacional con aportaciones de Ignacio Dávila Garibi y otras patrocinadas por el Instituto de Investigaciones Históricas con trabajos de Adrián León y Primo Feliciano Velásquez, que prepararon las ediciones de la *Crónica mexicáyotl* y de los *Anales de Cuauhtitlán*, respectivamente. Otros investigadores había, entre ellos Rudolf van Zantwijk, holandés, y Robert H. Barlow, norteamericano que se afincó en México y trabajó febrilmente en colaboración con otros, entre ellos Fernando Horcasitas. Editaban la revista

Tlalocan en la que se concedía particular atención a textos en lengua náhuatl y asimismo editaban buen número de documentos relacionados con el pasado indígena y también con manifestaciones del periodo colonial, como fue el caso del teatro misional.

Por su parte Ángel María Garibay, en el aislamiento de sus parroquias en varios lugares del Estado de México, consagró muchas horas al estudio de esta lengua y también al legado literario en la misma. El papel que él iba a desempeñar en esta materia sería fundamental.

Fuera de México, en los Estados Unidos, el interés por el náhuatl entonces era bastante reducido. En años anteriores, desde el siglo XIX hubo ya estudiosos como Daniel Brinton y Fanny Bandelier que habían publicado algunos textos nahuas y una parte de la *Historia* de Sahagún. Ya desde mediados de la pasada centuria había aportaciones como las de los lingüistas Norman McQwon en la Universidad de Chicago y en menor grado Georges Kubler y Charles Gibson. Otros estudiosos, norteamericanos, del náhuatl, que habían sido discípulos de Ángel María Garibay, Arthur J. O. Anderson y Charles E. Dibble, habían iniciado la traducción del *Códice florentino* de fray Bernardino de Sahagún.

En Alemania continuaba una antigua tradición iniciada desde los tiempos de Alexander von Humboldt y su hermano Wilhelm que llegó a publicar una gramática de esta lengua. Eduard Seler, por su parte, hizo muy importantes contribuciones al tiempo en que Francisco del Paso y Troncoso transcribía textos nahuas conservados en varios lugares de Europa.

También en Alemania se atendió el legado de los textos reunidos por fray Bernardino de Sahagún. Más tarde, pocos años después de la segunda guerra mundial, el Instituto Iberoamericano de Berlín inició una serie de obras sobre fuentes históricas para el conocimiento de las culturas del México antiguo. La mayor parte de los volúmenes publicados por Walter Lehmann, Leonhard Schultze-Jena, Gerdt Kutscher y otros incluyó ediciones de obras de textos clásicos en náhuatl, algunos de los recogidos por Sahagún, otros como los *Anales de Cuautitlán* y también de una parte de *Cantares mexicanos*.

Algo parecido pero en menor grado puede decirse de ciertos brotes de interés en Francia, donde existía una tradición mexicanista desde los tiempos de Rémi Siméon y D. Jourdanet. Animaba estos estudios el etnólogo y político Jacques Soustelle. En España no se extinguió este interés gracias al seminario dirigido por Manuel Ballesteros.

Tal era, en líneas muy generales, el contexto en el que nació *Estudios de Cultura Náhuatl*. Fue en 1959 cuando apareció el primer volumen. Dos años

antes Ángel María Garibay y quien suscribe estas líneas habíamos ingresado como miembros del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional. En él, además de otros estudiosos dedicados a la historia colonial, moderna y contemporánea de México, había un pequeño grupo de antropólogos. Dos de ellos habían mostrado particular interés por la cultura de los pueblos nahuas. Uno era Paul Kirchhoff y el otro Mauricio Swadesh. Kirchhoff había propuesto el concepto de Mesoamérica y se ocupaba en lo concerniente a su desarrollo histórico a partir de los toltecas. Swadesh se interesaba sobre todo en su propuesta glotocronológica y la lengua náhuatl de la que publicó un trabajo acerca de sus mil elementos básicos.

Garibay y yo ingresamos contando con el apoyo decidido del secretario general de la universidad, doctor Efrén C. del Pozo. Quien era director de dicho Instituto de Investigaciones Históricas, el doctor Pablo Martínez del Río, se desempeñaba en otros trabajos, por lo que concedía relativamente poca atención al instituto. Ello propició que Garibay y yo nos moviéramos con bastante libertad. Decidimos entonces emprender varias investigaciones e iniciar tres series de publicaciones que hasta hoy continúan. Una fue la de testimonios o fuentes en lengua indígena para el estudio de la historia de estos pueblos. Otra monográfica y, finalmente, la de *Estudios de Cultura Náhuatl*.

Examinando los índices de los dos primeros volúmenes de esta revista podrá verse que quienes colaboraron en ellos fueron investigadores que ya se habían interesado de tiempo atrás en la cultura náhuatl. Así, en el volumen primero, además de las aportaciones de Garibay y mía, hay una sobre el calendario azteca suscrita por Alfonso Caso; otra de Justino Fernández acerca de la iconografía de la célebre escultura de Xochipilli; una de Charles E. Dibble referida a los nombres de las partes del cuerpo en náhuatl, y una más del jesuita Ernest J. Burrus sobre Clavijero y los manuscritos de Sigüenza y Góngora en náhuatl que pudo él conocer.

Otro tanto ocurrió en el volumen segundo, en el que hubo aportaciones de Arthur J. O. Anderson en torno a la documentación reunida por Sahagún; del austriaco Friedrich Katz sobre la economía mexicana. Una, con textos de una región de Puebla, de Fernando Horcasitas, y de José Alcina Franch sobre un manuscrito mexicano conservado en un museo de España.

En ese segundo volumen aparecieron ya trabajos de varios estudiantes del Seminario de Cultura Náhuatl que el mismo Garibay y yo habíamos establecido desde 1957. Varios de esos estudiantes hoy son distinguidos investigadores de la cultura náhuatl como Alfredo López Austin, Jacqueline de Durant-Forest y Jorge Alberto Manrique.

La revista despertó considerable interés desde la publicación de sus dos primeros volúmenes a los que han seguido luego cuarenta y ocho más. Circula no solamente en ámbitos académicos de México y entre muchas personas interesadas, sino también en los países en que tradicionalmente ha habido interés por esta cultura, los Estados Unidos, Francia, Alemania, España y, en menor grado, Holanda, Polonia, Rusia, Bélgica, Italia y Japón.

Esos dos primeros volúmenes marcaron, por así decirlo, cuáles iban a ser la tónica y los intereses de la revista. En ella, además de incluirse en cada número siete u ocho artículos, se publican varias reseñas de obras tocantes a temas afines y también empezó a editarse una serie de bibliografías, aportación que se ha continuado.

LA SIGNIFICACIÓN DE *ESTUDIOS DE CULTURA NÁHUATL*

La revista ha dado cabida a un número muy grande de contribuciones preparadas por estudiosos de diversas nacionalidades. La mayor parte de tales contribuciones ha sido enviada espontáneamente por sus autores. Tan sólo, como es natural, la dirección ha solicitado determinados trabajos.

El número de los colaboradores se acerca a doscientos. Han sido ellos de diversas nacionalidades, además de no pocos mexicanos, buen número de norteamericanos, canadienses, sudamericanos, franceses, alemanes, españoles, italianos, holandeses, belgas, suecos y de otros orígenes.

Estudios de Cultura Náhuatl ha sido punto de encuentro para quienes se interesan por esta cultura, su lengua y su historia.

En este mismo volumen se valoran los campos y temas sobre los que versan los centenares de artículos publicados en los cincuenta volúmenes de esta revista. Una enumeración con breve comentario ilustrará esto. La figura y la obra de fray Bernardino de Sahagún (1499-1590) han sido objeto de múltiples formas de tratamiento. Hay traducciones de varios de los textos recogidos por él; también estudios monográficos acerca de su obra y, por supuesto, un acercamiento a lo que fue el método y proceso de su investigación.

La historia de los pueblos nahuas y sus instituciones culturales también han recibido atención. Artículos sobre diversos aspectos de la religión prehispánica, el derecho indígena, las guerras sostenidas por los mexicas, sus ritos funerarios, el ciclo de la vida, desde el nacimiento hasta la muerte. La antigua literatura, es decir, la de tradición prehispánica, que ha sido aquí tema recurrente: algunos antiguos códices, los *huehuetlahtolli*, discursos de

la antigua palabra, los *cuícatl* o cantares de origen prehispánico y también colonial, los discursos, anales y crónicas, así como producciones de la literatura de tiempos posteriores hasta llegar a la época presente.

El arte en sus diversas manifestaciones, principalmente el de la pintura y la escultura con su simbolismo, ha sido estudiado en varios artículos. La filología y la lingüística, que comprenden la presentación y análisis de aspectos de la gramática náhuatl y también de textos de diversas épocas, incluyendo no pocos de los periodos colonial y moderno en náhuatl, han dado lugar a numerosas aportaciones.

Interesa señalar que, a partir del descubrimiento del Templo Mayor de Tenochtitlan en 1978, *Estudios de Cultura Náhuatl* ha concedido particular atención a tal hallazgo. Así, en la portada del volumen 13 se reprodujo el bajorrelieve con la efigie de la diosa Coyolxauqui recién descubierta, con breve comentario en apoyo de su identificación. Posteriormente varios autores, particularmente Eduardo Matos Moctezuma y Leonardo López Luján, han contribuido desde la perspectiva de su especialidad de arqueólogos a dar a conocer ese monumento y otros cercanos a él.

LA PARTICIPACIÓN DE ESCRITORES DE ESTIRPE NÁHUATL

Es de notarse que desde los volúmenes veinte en adelante, la revista, conservando siempre su carácter académico, ha acogido colaboraciones literarias de escritores contemporáneos en lengua náhuatl. Han estado presentes en estas páginas textos debidos, entre otros, a Librado Silva Galeana, Francisco Morales Baranda, Natalio Hernández, Santos Acevedo, Delfino Hernández, Alfredo Ramírez y otros varios más. Esto ha otorgado a *Estudios de Cultura Náhuatl* el carácter de publicación atenta a la realidad contemporánea de los descendientes de los antiguos mexicanos.

LAS BIBLIOGRAFÍAS

Además de la documentación en lengua náhuatl incluida en diversos trabajos, *Estudios de Cultura Náhuatl* ha ofrecido en la mayor parte de sus volúmenes una amplia bibliografía de publicaciones recientes. Dicho trabajo se ha debido a Ascensión Hernández de León-Portilla. Un último capítulo ha consistido en la recordación de estudiosos de esta cultura, que han partido para siempre. La

publicación de obituarios, escritos por colaboradores acerca de sus colegas fallecidos, es otro testimonio más del reconocimiento que ha merecido su labor.

Se incluye en este volumen un conjunto de aportaciones referidas a los artículos aparecidos a lo largo de la existencia de esta revista. Rodrigo Martínez Baracs hace una apreciación general de la riqueza de los temas tratados en ella; los editores de la misma presentan una evaluación de los trabajos de contenido lingüístico y filológico, los cuales constituyen parte muy importante en la temática objeto de consideración en estos *Estudios*. Natalio Hernández Xocoyotzin, maestro oriundo de Veracruz que tiene el náhuatl como lengua materna, proporciona un elenco y da noticias sobre los textos aquí incluidos, obra de escritores de estirpe náhuatl. Se destaca así la importancia que ha dado esta revista a la literatura contemporánea en esta lengua: la *yancuic tlahtolli*, nueva palabra.

Leonardo López Luján atiende a las no pocas contribuciones de tema arqueológico en el contexto de la cultura náhuatl; Roberto Martínez presta atención a los temas de contenido etnográfico y etnológico. Eduardo Matos Moctezuma realiza un recorrido a lo largo de las aportaciones tocantes a lo que hoy llamamos arte prehispánico, en este caso de los pueblos nahuas. Con él se cierra el conjunto de textos de evaluación y conmemoración de los primeros cincuenta años de la revista de *Estudios de Cultura Náhuatl*.

Al llegar ahora a su volumen cincuenta y ofrecer un ligero balance de las que han sido principales aportaciones de esta revista en poco más de medio siglo, el suscrito, editor hasta este momento de *Estudios de Cultura Náhuatl*, se despide y hace entrega de la carga del tiempo y los destinos de *Estudios de Cultura Náhuatl* a otro colega especialista en la materia, el doctor José Rubén Romero Galván, que ha fungido como editor adjunto de volúmenes anteriores.

La revista continuará con el apoyo y la colaboración de quienes estudian y se interesan por la que constituye una de las raíces más hondas en el ser de México.

La Universidad Nacional Autónoma de México y en ella el Instituto de Investigaciones Históricas continuará ofreciendo dos volúmenes cada año, abiertos a la colaboración de quienes envíen sus aportaciones. Éstas, como es bien sabido, son examinadas por miembros del Comité Editorial no para someterlas a una censura, sino para verificar si reúnen los requisitos académicos que han hecho de esta revista un órgano universitario de reconocido prestigio.

Más que una despedida del editor, es un hasta la vista, ya que en números venideros volveremos a encontrarnos.

